La historia del por qué me suicidé.

Dulce

Capítulo 1

Nota:

¿Qué pasa por la mente de un suicida?, desesperación, frustración, cansancio, cobardía, valentía, un vacío, tal vez desprecio o vergüenza. La segunda cuestión que va ligada a la primera es: ¿de qué suicida se está hablando? Y si, a pesar que se ve mal renunciar a la vida, quien lo comete ¿piensa en que así se hace un bien a sí mismo por ejemplo con el objetivo de llegar a un Dios que se dice se encontrará después de fallecer, que esté tan agradecido con la vida y tanto ama a su Dios que desea ir a expresarle su satisfacción y quedarse con él como ofrenda por la tan adorada vida que le permitió vivir?

QUERIDOS papá y mamá:

Supongo que tuvo que ser una sorpresa enorme cuando les han llamado del instituto avisándoles mi "trágica" muerte. Y más aún cuando han encontrado ésta carta en mi cuerpo. No se lamenten, no me den sus hipócritas lágrimas y sus falsos discursos cuando sea hora de lanzar mi cuerpo al fuego, y cuando tengan mis cenizas, no las pongan en el recibidor de la vieja casa en la playa que tanto me gustaba, por mí, arrójenme al basurero, no se molesten en incinerarme, que sirva de alimento para perros callejeros, seguramente ellos sentirán más pena por mí que ustedes.

No crean que ésta carta es para decirles que los amo, que me perdonen por suicidarme, y que me sentía solo. Si bien, explico detalladamente las razones de mi suicidio, no fue por depresión, no les diré que no se culpen, porque si fue su culpa.

Espero que su fe ingenua a la Iglesia no nuble y ponga en duda mis palabras, ya que, siendo un suicida, ¿por qué habría de mentir?, no pretendo nada más que alcanzar la verdad, desde un principio fue ese mi objetivo y ustedes lo han interpretado al revés.

Ya puedo ver su reacción de incredulidad ante mis palabras, palabras duras pero honestas, que no se acostumbran ni a pensar en casos como éste. Pero yo no soy cualquier chiquillo con hambre de atención y reconocimiento, soy nada más y nada menos que su hijo, su único hijo, el que, se supone, cuidaría de ustedes cuando ya no puedan ni levantarse y tengan que defecar en sus pantalones. Aunque para ustedes eso no supone ningún problema, un par de billetes a un par de muchachas arreglaría la situación. Vaya forma de pensarlo, hasta ahora me han criado como un objeto de distinción, como la descendencia obligada de un matrimonio católico, pero yo les diré que soy su hijo, que ERA su hijo, nunca se enteraron. Desde que nací me crió mi nana Guadalupe, me alimentó, me educó, jugaba conmigo, me llamaba la atención, mientras tú mamá, ibas diario a la Iglesia a rezar por tu "hijo". Y a ti papá, si te veía una vez al mes por la ventana en la madrugada cuando arrancabas el coche y te ibas a trabajar para mantener a tu "familia", era mucha suerte, no te reprocho no estar conmigo en partidos de futbol, porque, seguramente ni siquiera sabías, que no me gusta el futbol y por tanto no entré a ningún equipo. Pero te ha de alegrar saber que practicaba ajedrez con Domingo el jardinero, tu desprecio por la clase baja apuesto a que te hará imposible creer que Domingo, siendo un indígena, es la persona más culta que he conocido.

Nunca han faltado a las misas dominicales, y dan de limosna lo que una persona promedio ganaría tras medio año de trabajo, ¿creen que eso hará que sean personas de bien?, aquí les tengo una pequeña verdad que desconocían: Lo que hacen los hace más despreciables cada día, pero no se aflijan, he conocido personas que están al nivel de escoria humana, pero sus actos, tan repugnantes, indignos e inhumanos no habrían podido ser sin su ayuda.

Sin más rodeos amadísimos padres, daré inicio sin censura a lo que me ha llevado a la muerte. Si no saben qué hacer con ésta carta, todo estará perdido, y así como yo he muerto, por culpa suya, muchos más morirán en sus manos.

Capítulo uno:

El suicidio

En una madrugada común, tan común que no es preciso decir fecha, en una hora en la que todos rinden homenaje con silencio a la oscuridad, cuando se le permite al Dios supremo una hora de aislamiento para pensar en sus errores, como castigado por sus padres sin ver televisión; la desconfianza y la amargura sembraba raíz en Laura Aguilar, que por tercera vez había descubierto labial en el cuello de la camisa de su marido que hacía dos meses que se quedaba después de su jornada por asuntos de negocios en la empresa farmacéutica en la que él era el Gerente.

No le importaba el hecho que su marido tuviese sexo o romance con otra mujer, a fin de cuentas, ambos habían perdido la pasión desde el nacimiento de su único hijo que cumpliría 12 años en Abril. El matrimonio para ellos era un requisito importante para ser respetados en el ámbito laboral, social y religioso. De ahí, que, una infidelidad significara un riesgo en la disolución de su estabilidad y reputación.

No podía dormir, no se atrevía a enfrentar a su marido, no podía decidirse en callarse y vivir en un engaño conocido o actuar y poner en riesgo su etiqueta de esposa respetable. Como salvación a los pensamientos que la atormentaban, tocaron a la puerta de su alcoba con previo aviso de la voz de su ama de llaves informando que se trataba de una llamada del instituto San Nicolás de Bari. Con el agrado de quien tiene una oportunidad enfrente de deshacerse de sus enfados, se levantó de la cama quejándose entre dientes por tal molestia a altas horas de la madrugada. Sin embargo, cuando decidió atender el teléfono, después de un par de insultitos cariñosos a la progenitora de algunos cuales quiera, el tono carmín de los labios desapareció, los ojos, dilatados, parecían haber envejecido 30 años en un segundo, las fuerzas escaparon del horror que inundaba su cuerpo, incrédula, despertó a Roberto, su esposo, pidió cortésmente que repitiera el motivo de la llamada, antes de cualquier respuesta, sintió cuando Roberto le arrebataba la bocina, sudando, pensó en que todo era un mal sueño, solo eso podría explicar tan terrible noticia, pero al ver la reacción de su esposo al soltar el teléfono despreocupado, con la mirada perdida y claramente afectado, lo supo, supo que era verdad, Damián, su niño, su hijo, había fallecido.

Inmediatamente acudieron a la escena que no podían concebir en sus mentes, parecía que caían a un abismo con ramas de fuego que quemaban su pecho y aturdían sus pensamientos. En la habitación 213 del edificio de dormitorios del colegio, aguardaban policías y sacerdotes a trasladar el cuerpo para la autopsia correspondiente.

El rector del instituto, el Padre Daniel, los recibió y explicó con una frialdad impropia a su título, que en apariencia había sido un suicidio, y así sin decir más, escoltó a la pareja con gesto rutinario a la representación

inigualable de la temida y piadosa muerte.

Laura aun en pijama, entró a la habitación, sollozando y a paso apresurado, pero al ver a Damián tendido en la cama, se desgarró su alma expresándose en un solo grito helado y agudo, dejando un ambiente de tristeza y desgracia que apenas entendían los presentes. Corrió hacia el cuerpo de quien había sido su hijo y lo abrazo desesperadamente como si eso fuese a devolverle la vida. De inmediato Roberto, con lágrimas discretas pero sufrimiento evidente, alcanzó a su mujer, separándola con firmeza del cuerpo pálido y frío, dirigiendo el abrazo de dolor hacia su pecho.

Por el movimiento, hojas de cuaderno cayeron de la sudadera de Damián, asegurando más incomodidad a la situación. Laura, llorando, recogió las hojas y antes de mirarlas, le ofreció el más cálido beso a la frente joven de su pequeño como nunca lo había hecho antes.

Las hojas tenían pequeñas manchas de color verdoso en las esquinas pero no le dio importancia, y comenzó a leer:

"QUERIDOS papá y mamá… "

Capítulo 2

Instituto San Nicolás de Bari.

... Mis problemas en las calificaciones y los constantes reportes de mala conducta que recibía en la escuela, lograron que a sus ojos, necesitara ayuda de un colegio firme pero de prestigio, nunca se preguntaron el porqué de esos reportes y de mis bajas notas, no creo que se lo pregunten ahora pero de todos modos les diré.

Pasado el segundo parcial del último curso que estudié en la escuela privada de la ciudad, el Profesor Fernando de Geografía, decidió hacer en clase una exposición didáctica en la que el alumnado pudiese reconocer por medio del tacto, diferentes tipos de rocas. Se invitó al grupo de niñas de la escuela, junto con la profesora Adelina, que era muy hermosa. Así pues, durante la exposición, una muy bonita niña, con cabello recogido en una pequeña coleta, lentes negros y sutiles, piel blanca, muy blanca; de nombre Rosa, que por su frágil apariencia, nacía decirle Rosita, preguntó acerca de la utilización de la obsidiana al profesor anfitrión. Éste, arrogante, la miró por encima del hombro e ignoró su pregunta, la pequeña Rosita insistió en su duda y el profesor con gesto burlón le respondió que el tema no podría comprenderlo y que solo se dedicara a recoger su cabello, su lindo cabello.

Rosita, sorprendida, bajó la mirada y dio media vuelta, con la intención de irse de aquél lugar. Yo, que estaba solo, fui a su encuentro para saludarla y apoyarla, cuando vi su expresión, no era de quien ha sido humillado, era de quien comprendía que, en el mundo de los adultos se ignora más de la sensibilidad humana.

Tímido, cuidando mis pasos y palabras, me atreví a pronunciar un “hola” un tanto tembloroso y vestido de susurro, afortunadamente me respondió con amabilidad, y el dibujo de su sonrisa me hizo ofrecerle mis pobres conocimientos para responder sus dudas complicadas. Durante el resto de la exposición yo trataba de seguir el ritmo a su acelerada mente que no dejaba de formular interrogantes, llegue a pensar que era imposible que hubiese tantas preguntas de unas simples rocas. Cuando llegó al final la exposición, la despedí como se despiden a viejos amigos, con un abrazo casi sin querer pero con tanta emoción que podía decirse que, ya éramos uno.

El Profesor, enseguida me separó del grupo, y por haberlo puesto en el papel de villano al yo responder las preguntas de Rosita, me avisó con tono falsamente amistoso que tendía un punto menos en el próximo examen. De tal modo, que yo, indignado le respondí que de hacer tal

cosa, iría con quien fuese necesario para arreglar la situación. Y por ese simple acontecimiento, mínimo, obtuve mi primer reporte por faltarle al respeto a un profesor.

Así como en aquella ocasión, hubo muchas otras en las que solo defendía lo que me correspondía, y al ser yo el único capaz de hacerse escuchar, intentaban callarme con papeles de mala conducta enviados a casa. Y yo al no recibir apoyo de quien se supone cuida de mí, no me quedaba más que soportar cada uno de los castigos que me impusieran y que se vieran reflejados en mí boleta. Lo triste es, que eso, el acto de caballerosidad con una hermosa niña, fue lo que empezó mi fin.

Cuando los reportes eran más frecuentes por el periodo de pruebas, y mis constantes luchas, ustedes decidieron inscribirme al instituto católico San Nicolás de Bari, perteneciente a la iglesia más importante de los alrededores. Su fama de enderezar a jóvenes los convenció para enviarme ahí.

Al despedirme de mis amigos, Domingo, Guadalupe y Rosita, lo hice prometiendo que, al terminar la secundaria, regresaría más preparado para defenderlos. Me esforzaría en adquirir armas para defender a mis amigos de la injusticia que aún e ésta época, parecía algo primitivo.

Las instalaciones del instituto me gustan, es grande, limpio, tiene un edificio de laboratorios, uno de clases teológicas, otro más de clases básicas como matemáticas, un gimnasio, alberca y la zona de equitación, además del edificio de dormitorios y muchas áreas colindantes con el bosque.

Cuando llegué el domingo antes de iniciar las clases, y vi a los demás alumnos centrados en lo que hacían, estudiando o teniendo conversaciones tranquilas acerca de ciencia o religión, pensé que era un excelente lugar. Estaba muy equivocado.